



Hombres contra paisajes⁽¹⁾

Viene uno rodando por las carreteras de Nuevo León, después de unas fiestas alegres de Sol de música y vino, de bailes y canciones, en las vendimias de Parras, y hay kilómetros y kilómetros en que nos cierran el paso de la mirada, por todas partes, elevadas montañas, montañas gigantescas a cuyos pies pasamos intimidados; y aquel contraste feroz con la estela de gratos recuerdos y comentarios que aun pretenden acompañarnos, nos lleva a extraña consideración.

Las montañas son áridas --estas a que nos referimos-. O caen desde allá arriba verticales, con cuchillos de roca de varios cientos de metros de altura, o se desmoronan en medios conos de arena fina y negra, que va bajando deshaciéndose por los siglos de los siglos. Arena que trae de lo alto la noticia de cuando, hace mil siglos, era la roca de la cumbre.

Y la consideración es esta: si en nuestro sistema estelar puede haber cien mil millones de estrellas, entre las cuales el Sol, pese a la pleitesía que nosotros le rendimos, es un tipo medio de estrella, ni grande ni chica, ni la más fría ni la más caliente... y no hubiera más vida en todas ellas que la que vemos en **estas** montañas, ¿para qué tanto? ¿Para que nosotros hayamos descolgado de su rama un racimo de la misma vid, cuyas uvas va pasando de una en una y los sabios estén afanosos, en sus laboratorios a ver si "mejoran" la atómica?...

Nos parece demasiado pequeña la razón. De ahí que meditemos y meditemos, aunque de momento sin salida. Es decir, como le sucede a nuestra mirada, encerrada entre estas sierras altas, gigantescas, largas, dramáticas, áridas, tenaces en las horas de nuestro rodar

Más abajo del mapa, el paisaje del camino cambia. A la diestra Querétaro y a la izquierda el Estado de Hidalgo. Las **innumerables** curvas del camino se mecen ahora sobre simas insondables, por el oriente de la Sierra Madre.

Ceñimos las montañas pasando por sus puertos altos. Impresiona nuestra altura ~bajo, unas nubes deshinchadas que parecen caídas y sufren por trepar; abajo, cumbres altas que no llegan ni con mucho a nosotros y nos muestran su lomo alto ni más ni menos que como sus vaquitas se lo muestran al águila; valles verdes de mil tonos cuadriculados, como el de Jacala; y los ríos que se ocultan ¡allá abajo!; y los abismos tan profundos, ni siquiera nos atreveríamos a tomar una flor de la orilla del camino, por si aquella verdura saliente de los arbustos en descenso fuese el vacío.

Ruta de excitada emoción, de vértigo, de poesía. . .

¿Cómo puede, ese amigo que va a nuestra diestra, en el asiento posterior, llevar ajeno al paisaje su pensamiento? ¿Qué es lo que aquel hombre lleva dentro, que sea más fuerte y más hondo que la emoción ~el paisaje?... Crearemos una clasificación para la respuesta: el amor; eso

es lo primero; ¿quién no lo sabe por experiencia propia? ; o quizá el peligro, en la enfermedad de un ser entrañable. Y por último, la ruina, el fracaso...

--Pues, señor --nos dice de pronto el vecino--: yo creo que me he dejado el cepillo de dientes en el hotel de Saltillo.

1. ¹"Columpio 16", en En *¡Zig Zás! (106 columpios)*. México D. F.: Excelsior, 1961.

